

Empobrecimiento y fragmentación de la clase media argentina

Gabriel Kessler

Universidad Nacional de General Sarmiento
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), Argentina
gkessler@ungs.edu.ar

Al leer los datos oficiales más recientes, según los cuales más del 50 por ciento de la población argentina vive en la pobreza, resulta inevitable preguntarse qué ha pasado con aquella sociedad que algunas décadas atrás mostraba salarios, derechos sociales y niveles de integración social únicos en la región; una sociedad que, parafraseando a Juan Carlos Torre, se caracterizaba por una "pasión por la igualdad" central en su dinámica política y social. No asistimos hoy, claro está, a una eclosión inesperada, sino al desenlace de un proceso social, político y económico de más de dos décadas en que se ha ido desmontando paulatinamente una determinada matriz social. Al fin y al cabo, la sociedad argentina ha vivido en las dos últimas décadas diversos hechos dramáticos que la han trastornado, la han llevado a enfrentarse a situaciones de una gravedad inédita y, sin duda, provocado mutaciones que vamos descubriendo. Hay hechos que se han inscrito en la memoria colectiva en tanto hitos, que han marcado un antes y un después y se han incorporado a la historia y a la tragedia de una sociedad: los desaparecidos y la violencia de Estado (1976-1983), quizás lo más significativo; pero también la Guerra de las Malvinas en 1982; más tarde, en 1989, la hiperinflación; luego las consecuencias sociales de la enérgica reforma neoliberal llevada a cabo por el gobierno de Carlos Menem desde 1991 y, hace tan sólo algunos meses, el estallido de un modelo económico de diez años.

Durante las décadas pasadas, el empobrecimiento fue la experiencia cotidiana de gran parte de la vasta clase media argentina. El proceso de pauperización que sufrió la sociedad de este país fue de gran intensidad. Baste decir que, entre 1980 y 1990, el conjunto de los trabajadores perdió alrededor del 40 por ciento del valor de sus ingresos; que, luego de una cierta recuperación producto de la estabilidad en 1991, ha vuelto a sufrir pérdidas de alrededor del 20 por ciento entre 1998 y 2001, sin contabilizar aún el impacto de la situación actual.

La profundidad y persistencia de la crisis iniciada a mediados de la década de los setenta hizo que centenares de miles de familias de clase media y de pobres de vieja data que en el pasado habían podido escapar de la miseria (denominados "ex pobres estructurales"), hayan visto reducir sus ingresos hasta caer por debajo de la "línea de pobreza". En el Gran Buenos Aires, habitado por unas 8 millones de personas, la pobreza creció en 67 por ciento, cifra en la que se destaca un grupo, el de los ex integrantes de las clases medias que se pauperizan: los *nuevos pobres*, que se acrecentaron en un 338 por ciento. A ellos se suman todos aquellos que las estadísticas oficiales no consideran pobres, pero cuyos ingresos sufrieron una caída muy significativa, obligándolos a un cambio total de sus estilos de vida.

La pauperización de los sectores medios tiene consecuencias no sólo para aquellos que la sufren en carne propia, sino también para la sociedad argentina en su conjunto. Ella marcó un punto de no retorno, el fin de un tipo determinado de sociedad. Hasta entonces, la Argentina había sido una sociedad relativamente integrada —al menos en comparación con la mayoría de los países latinoamericanos—, en la que una importante clase media había surgido como resultado de un proceso de movilidad social ascendente¹ cuya continuidad no se ponía en cuestión.

Los nuevos pobres forman un *estrato híbrido*: están próximos a los sectores medios en variables ligadas a aspectos económico-culturales que actúan en el largo plazo, como el nivel educativo y la composición

¹ Una investigación de 1960 sobre el Gran Buenos Aires (donde habita un tercio de la población del país) muestra que el 36,5 por ciento de los entrevistados hijos de obreros conocieron en una generación una movilidad ascendente hacia puestos de clase media y clase alta. Por su parte, el 77 por ciento de los entrevistados cuyos padres pertenecían a la categoría ocupacional más baja —obreritos no calificados— había ascendido ya sea al nivel de obrero calificado o hacia puestos de sectores medios (Germani 1972).

de la familia —menos numerosa que la de los pobres estructurales—, pero se asemejan a los pobres estructurales en el nivel de ingresos, el subempleo y la ausencia de cobertura social; es decir, en variables de corto plazo, producto de la crisis. Los datos indican también que la nueva pobreza se caracteriza por la *polarización* y la *heterogeneidad*. En efecto, las estadísticas nos dicen que los ingresos de todas las categorías ocupacionales cayeron de manera sensible. Pero, al mismo tiempo, que al interior de cada categoría había crecido la distancia entre los que percibían los ingresos más elevados y aquellos más cerca del piso salarial. En consecuencia, la nueva pobreza se constituye como un universo heterogéneo, con los “perdedores” de cada categoría profesional.

La heterogeneidad fue también la primera característica que apareció en el trabajo cualitativo.² No se trataba, claro está, de obra del azar, sino que la heterogeneidad detectada estadísticamente se manifestaba en el trabajo cualitativo. La heterogeneidad de perfiles socioprofesionales implicaba trayectorias sociales muy diferentes en cuanto a las formas de socialización, los orígenes familiares, las carreras educativas y las historias profesionales. A lo largo de esas trayectorias heterogéneas anteriores a la pobreza, los individuos fueron internalizando expectativas, creencias, criterios de clasificación, parámetros de exigencia, recursos potenciales, muy divergentes. Finalmente, una vez pauperizados, tal variedad de trayectorias estará en el origen de formas heterogéneas de experimentar la pobreza.

En este artículo se presentan características del empobrecimiento de los sectores medios argentinos, cuya matriz de origen fue principalmente, hasta mediados de los noventa, la depreciación salarial y no, como en el caso europeo, el desempleo, que llegará más tardíamente. Luego se presenta brevemente la contracara del empobrecimiento: el ascenso de una parte de los sectores medios y, finalmente, nos interrogamos sobre lo que está sucediendo hoy con la nueva pobreza.

LA DESORGANIZACIÓN DEL MUNDO SOCIAL

La pauperización afecta fundamentalmente la vida cotidiana, trastornando el universo significativo de los individuos. En efecto, todas las prácticas cotidianas directa o indirectamente relacionadas con lo económico, son evaluadas, modificadas y a veces suprimidas. La caída puede obligar a sacar a un hijo del colegio privado al que fueron sus hermanos mayores, modificar la dieta familiar, restringir el uso del coche o de los viajes en colectivo, no asistir a una fiesta por falta de ropa adecuada; dejar de lado el club, computación, terapia, el fútbol, la música, revistas, el cine, las vacaciones, la medicina prepaga y parte de la vida social; atrasarse peligrosamente en el pago de impuestos, abandonar el seguro y las cuotas de un crédito ya mitad pagado; adoptar en familia una nueva regulación de las frecuencias de invitaciones a comer en la casa, del régimen de visitas al dentista así como del consumo de luz y teléfono, entre tantas otras. Tal alteración de prácticas rutinarias arrastra consigo tramos de sentido sedimentados, es decir, ideas, creencias, expectativas, categorías de percepción, hasta entonces dadas por sentado, que no resisten a la dislocación de la cotidianidad.

A lo largo del trabajo veíamos a los nuevos pobres tomando decisiones sobre todos los aspectos de la organización familiar ligados a lo económico; y, aun las prácticas más rutinarias y normalmente menos problemáticas, debían ser sometidas a revisión, modificación y supresiones. Ésta es una de las singularidades del empobrecimiento que hemos llamado *la constante coacción al cambio*. En este sentido, el empobrecimiento se diferencia de una situación estable, donde las rutinas vigentes tienden a perpetuarse y el tiempo transcurre sin forzar a los individuos a tomar decisiones en forma constante; se distingue también de la movilidad ascendente, donde el cambio existe, pero producto de una elección deliberada, del deseo de imprimir un rumbo particular a la existencia.

Ahora bien, esta coacción al cambio produce una creciente complejidad en la vida cotidiana. Se realizan permanentes esfuerzos para estabilizarla, necesidad tanto más apremiante porque, desde el punto de vista de los individuos, existe no sólo una dislocación de la situación personal, sino también del mundo lindante. Experimentan la pauperización se simultáneamente como una *dislocación personal* y como una *desorganización del mundo social* que los rodea. Esta doble percepción dificulta una “adaptación” en un sentido clásico del término: el acomodamiento a un contexto nuevo definido o definible. Los nuevos

² Las reflexiones presentadas en este artículo se basan en una serie de trabajos de campo realizadas entre 1993 y 1995 en distintos barrios de Buenos Aires y sus suburbios, así como en tres ciudades del interior del país: Santa Fe, Tucumán y Presidencia Roque Sáenz Peña en la provincia del Chaco así como en trabajos más recientes donde se estudia la evolución de la nueva pobreza.

pobres no dudan de que todo ha cambiado, pero ignoran dónde están y cuál es la naturaleza de ese nuevo mundo al que, sin saber muy bien cómo ni por qué, han llegado.

Las entrevistas muestran las diferentes manifestaciones de esta búsqueda de sentido. Los nuevos pobres deben dotar de significación a una situación para la que no encuentran respuestas ni en las reservas de experiencias comunes de la sociedad ni en la historia familiar. Esto le otorga a la pauperización su carácter excepcional en la historia argentina moderna. *El empobrecimiento de una parte importante de la clase media marcó un corte abrupto con el modelo generacional y con el modelo histórico-cultural hasta entonces vigente.* Ni la socialización familiar ni la cultura, ni las estrategias más cotidianas y ni siquiera sus peores pesadillas, los preparaban para el empobrecimiento definitivo, sin retorno.

¿Qué entendemos por modelo histórico-cultural? Se trata de una suerte de "filosofía de la historia", un relato colectivo sobre el pasado y el futuro de la sociedad. Estructurado en torno a tres ejes de sentido articulados entre sí, este relato forma una suerte de telón de fondo de las prácticas corrientes que, en distintas partes de este trabajo, veíamos —a veces de manera inesperada— aparecer. El primer eje es el pasado nacional próspero y la movilidad ascendente que había conocido una parte considerable de la población, y que habían quedado grabados a fuego en la memoria colectiva. Quizá el pecado original fue, como afirma Tulio Halperin Donghi, que se cumplieron demasiado rápidamente las promesas de los padres fundadores. Tal buena estrella inicial fue la matriz de origen del segundo eje de sentido: la fuerte creencia en la continuidad del progreso colectivo. El tercer eje de sentido era que ese proyecto de progreso se encarnaba en la clase media.

Al interior de ese modelo histórico-cultural hallaba explicación hasta lo inexplicable, en particular las repetidas crisis de un país dotado de todas las riquezas naturales. Tal modelo sugería que la búsqueda de progreso por parte de una sociedad conformada por individuos egoístas, sólo podía originar la destrucción de todo proyecto de nación. Pero, al menos, del constante juego de suma cero entre sociedad y nación resultaban *argentinos* relativamente prósperos, aunque sea a costa del agotamiento de *la Argentina*. Lo que tales mitos no contemplaban era el empobrecimiento terminante de los argentinos, el fin de la vasta clase media.

El modelo histórico-cultural se reforzaba por un modelo generacional. Éste presentaba a cada generación ocupando una posición superior a la precedente, o como mínimo conservando la posición anterior; pero, en todo caso, jamás sufriendo una regresión. Todos los ingredientes del relato global se reencontraban en la narración familiar, incluyendo crisis temporarias y fases de recuperación. En uno como en otro se mantenía el rumbo ascendente, hasta el punto de que progreso y futuro se confundían y devenían sinónimos. Las trayectorias familiares podían tener formas variadas, vaivenes, fases de caída y de recuperación, pero no se presuponía jamás una caída sin una recuperación ulterior posible. La caída marca entonces, para los nuevos pobres, el *fin del proceso de reproducción del sentido de la trayectoria social*. El empobrecimiento sin posibilidad de recuperación es el fin de esa pendiente, un punto de inflexión que amenazaba amplificarse en el futuro con la temible movilidad descendente de sus hijos.

El quiebre del modelo histórico-cultural y generacional produce, en primer lugar, una situación de ilegibilidad general, cuya manifestación más notoria es la *dificultad para tipificar la situación*, es decir, la imposibilidad de caracterizar la nueva experiencia con el stock de elementos provisto por la historia de esa sociedad.³ Puesto que el empobrecimiento definitivo no estaba previsto como situación posible, tampoco había *comportamientos de referencia* para hacer frente a él, como sí había para hacer frente al otro tipo de crisis frecuente, la inflación (Botana y Waldmann 1988; Sigal y Kessler 1997).

En segundo lugar, el quiebre del modelo cultural lleva a un *debilitamiento del núcleo ideológico compartido*. En una sociedad signada por la inestabilidad económica, política y social, el relato mítico

³ Se hace referencia al concepto de *stock of knowledge* de Schutz (1987). Dicho autor sostiene que "toda interpretación del mundo está basada en una reserva de experiencias previas, ya sea propiamente nuestras o aquellas que nos fueron transmitidas por nuestros padres o nuestros maestros; estas experiencias, bajo la forma de 'conocimientos disponibles' funcionan como esquemas de referencia" (p. 12). D. Cefaï (1994) se refiere a las situaciones donde esta reserva de experiencias no provee elementos para interpretar una nueva situación: "El problema adviene cuando el actor no sabe qué decir o que hacer, no llega a comprender lo que le pasa, no logra entender ni ponerse de acuerdo con los otros, fracasa al intentar inscribir un tema en las estructuras de pertinencia adoptadas hasta el momento. (...) Experimenta la inadecuación de su 'pre-estructura de comprensión': su campo de anticipación interpretativa y motivacional no es apropiado para definir y controlar la situación a la que tiene que hacer frente" (p. 112).

sobre el progreso colectivo hacía las veces de una serie de principios consensuados y estables, quizá lo único que se mantenía en pie a lo largo de todos los cambios y crisis sufridas. Un progreso improbable pone en cuestión este núcleo ideológico, sin que otro nuevo se vislumbre en su lugar.

Cabe agregar un tercer trastorno, producto de la desorganización en las interacciones cotidianas, lo que llamamos *alteración de relaciones estatus-rol*. Si pusimos el acento en las nociones de estatus-rol y de conflictos de funciones, fue esencialmente porque los individuos así interpretaban numerosas situaciones.⁴ Ahora bien, la nueva pobreza se caracterizó al comienzo por el mantenimiento, aún relativo, de la situación socio-profesional en forma paralela a la pérdida progresiva de ingresos. Esto comporta un resquebrajamiento de la relación estatus-rol tradicional, puesto que ya no se obtienen las respuestas socialmente 'normales' asociadas con los roles socio-profesionales: no sólo salario o beneficios sociales, sino también prestigio social y reconocimiento en las interacciones. Los nuevos pobres definen su estatus de acuerdo a los códigos culturales que regían sus expectativas en el pasado, pero el empobrecimiento degrada progresivamente el conjunto de las respuestas asociadas a sus estatus.

El desajuste de relaciones estatus-rol es una particularidad del empobrecimiento, que lo diferencia del desempleo. En éste hay un cambio de estatus que al mismo tiempo transforma el conjunto de las expectativas de rol; se produce la supresión de atributos por la pérdida de la posición laboral. Muchos empobrecidos, en cambio, continúan desempeñando los mismos roles profesionales, pero las respuestas que obtienen son diferentes a las esperadas. Se de-fusionan atributos hasta entonces adscritos a determinadas posiciones. En este sentido, la pauperización puede ser vista como un proceso de distanciamiento progresivo de las relaciones estatus-rol históricamente constituidas.

LOS NUEVOS RECURSOS

Al comenzar el trabajo de terreno, nos sorprendió el aparente desorden que caracterizaba la organización de los consumos familiares. Así, había quienes carecían de cobertura de salud pero mantenían un régimen de vacaciones anuales en la costa. Otros continuaban enviando a sus hijos al colegio privado pero manifestaban carencias en salud, vestimenta y actividades de ocio. Se observaba el caso de aquellos que, sufriendo la degradación total de las condiciones de hábitat, disfrutaban de una atención sanitaria de buena calidad, y no era imposible encontrar quien combinara el endeudamiento generalizado con la concurrencia a un club deportivo y con la renovación periódica de su vestuario.

Sin embargo, el análisis muestra que no hubo un estallido de toda lógica de jerarquización de necesidades. La falta aparente de criterios se explica esencialmente por los recursos alternativos a los que accedían los nuevos pobres, los cuales, a diferencia del dinero que permite fraccionamientos, eran de carácter discreto, es decir, no podían ser divididos. Eran, en consecuencia, respuestas específicas para necesidades determinadas, inutilizables para otras. Las estructuras de consumo de cada familia estaban caracterizadas, así, por la coexistencia de prácticas que no eran fácilmente identificables con las de ningún otro sector social en la sociedad argentina: ni clase media, ni sectores populares.

¿De dónde proceden estos recursos discontinuos y variados? No son otra cosa que disímiles capitales sociales culturales acopiados en las diferentes trayectorias sociales que las personas han recorrido antes de caer en la pobreza. En América Latina, el clientelismo político ha sido tradicionalmente considerado como una de las formas de distribución informal de bienes y servicios. El clientelismo es posible gracias al manejo discrecional de medidas asistenciales en zonas de alta concentración popular (barrios obreros, villas miserias) con peso cuantitativo en los comicios. Tales transacciones parecen menos factibles en relación con los nuevos pobres, ya que ellos no están concentrados geográficamente ni son objeto de políticas sociales específicas. Por ende, los mismos individuos entablan por sí mismos negociaciones en las instituciones públicas, intentando obtener bienes escasos, beneficios adicionales o, simplemente, tratando de disminuir los inconvenientes de su utilización.

⁴ Nos referimos a la definición de estatus-rol presente en los trabajos de Linton (1945). Para él, el estatus es la definición normativa de derechos y de deberes; de comportamientos y —lo que nos interesa— de respuestas a tales comportamientos adscritos a una determinada posición social, en nuestro caso, a la ocupación. El rol es, por su parte, el ejercicio concreto de ese estatus.

Atribuimos al capital cultural⁵ una serie de ventajas que los nuevos pobres obtienen en instituciones tales como la escuela, los hospitales o las mutuales sindicales. Estos beneficios son particularmente evidentes cuando se compara en una misma institución el desempeño de estos nuevos pobres con el de los pobres estructurales. La movilización de recursos anteriormente acumulados les permite beneficiarse de un tratamiento privilegiado en la escuela, el hospital, las obras sociales. En el hospital, obtienen más fácilmente turnos con especialistas, lugares de internación, medicamentos gratuitos. En las escuelas públicas, intentan obtener vacantes para sus hijos en las de mayor prestigio, en las de jornada completa (codiciadas por las familias en las que ambos padres trabajan) y en los jardines maternales (que no deben necesariamente cubrir a toda la población, por no formar parte de la educación obligatoria). En las oficinas municipales, los conflictos giran alrededor de la distribución de bienes, ayudas y subsidios económicos; y en la seguridad social, el objetivo es lograr que la institución se haga cargo de alguna prestación sanitaria cuya cobertura no está claramente definida en los estatutos.

El grueso de las negociaciones tiene un carácter conflictivo. Las disputas comienzan en general cuando un usuario disconforme realiza una “toma de palabra” (Hirschman 1970), mediante lo cual intenta imponer al prestador su definición sobre las obligaciones de su rol: cómo debe realizar su tarea, en particular en relación con el trato del usuario; qué información debe manejar, con qué rapidez, etc. Del rol del personal se puede pasar a las obligaciones de la institución en general y, en ciertos casos, sazonan un discurso sobre sus “derechos” en tanto usuarios con el “respeto” y la “consideración” particular que se les debe por su posición social, calificación profesional u otro atributo que los distinga y eleve por encima de la masa indiferenciada de usuarios. La pretensión de legitimidad de todo el alegato se basa en tales referencias que conocen distintos grados de explicitación y sofisticación: de la mera ostentación de un título profesional o de una jerarquía laboral más elevada que la de su contraparte en el conflicto, hasta la descripción en detalle de un rol laboral ejecutado correctamente, en particular el suyo, que deje fácilmente adivinar su posicionamiento social (“cuando yo recibo a un cliente de mi empresa...”). No es raro que amenacen quejarse y “denunciar” a los empleados, pero no siguiendo los canales habituales (libros de quejas), sino por la llegada directa a las instancias superiores, de los que muchos aseguran tener un conocimiento personal.

A veces en el hospital te confunden con una madre de la villa miseria, como está al lado de La Cava [barrio de emergencia muy extenso del suburbio norte de Buenos Aires]. Porque ellas vienen también todas vestidas, los hijos con camperas caras. Te tratan como si fueras una madre de la villa, hasta que los médicos ven que sabés de lo que están hablando, que les hacés todas las preguntas... allí se dan cuenta quién sos...

Sin embargo, la incertidumbre sobre los medios permanece. Ningún atributo es capital cultural, ni deja de serlo antes de probar su suerte. No hay atributos de eficacia probada. El diploma, la posición profesional, una vaga referencia al derecho o a la ciudadanía, o todo atributo que los diferencie y eleve por encima de la masa de usuarios, pueden transformarse en capital mediante una operación de valorización exitosa.

En lo que respecta al capital social, su utilización persigue, en lo esencial, bienes y servicios habituales que a los nuevos pobres ya no les son accesibles por intermedio de las reglas de mercado. Por ello, intentan identificar eventuales prestadores entre sus conocidos y estructuran redes personales que les permiten suplir distintas carencias. Pero no buscan establecer relaciones de intercambio totalmente por fuera del mercado, como las descritas en los trabajos sobre sectores populares en América Latina (Lomnitz 1975; Ramos 1981, para el caso argentino), sino que intentan flexibilizar las reglas normales de intercambio.

Puede comprenderse ahora una de las razones del desorden de los consumos familiares. Se deriva del hecho de que los recursos actuales provenientes principalmente del capital social y cultural habrían sido acumulados en el curso de una situación social diferente y orientados a otros fines. Muchos de ellos no habían sido previsto como tales. Imaginemos un profesional en búsqueda de progreso laboral. Un capital interesante en tal situación incluiría un importante número de colegas. Si el profesional en cuestión se empobrece y busca adoptar una estrategia de amortiguación, ese capital acumulado no tendrá el mismo

⁵ Para P. Bourdieu (1979), el capital cultural existe bajo tres formas, de las cuales nos interesa una: como estado incorporado, es decir, bajo la forma de disposiciones durables del organismo, en que la disposición hace referencia a “actitudes, inclinaciones a percibir, sentir, hacer y pensar, interiorizadas por los individuos a partir de sus condiciones objetivas de existencia y que funcionan como principios inconscientes de acción, de percepción y de reflexión” (Accardo y Corcuff 1986:229).

valor. Cuando se trata de cubrir necesidades insatisfechas, es más útil una diversidad de perfiles profesionales, sinónimo de una amplia gama de eventuales prestaciones. Además, a partir de ahora los favores que se demandan serán de naturaleza muy diferente (por ejemplo, pasar de un pedido de recomendación a uno de dinero). No se puede prever si quien accedía a brindar los servicios de otrora, aceptará satisfacer la nueva demanda, o si el “necesitado” —considerando que tal demanda es ilegítima— renuncie por propia voluntad a realizar el pedido. *El capital social acumulado para una determinada estrategia no puede ser fácilmente reconvertido para una estrategia distinta*, de lo que era consciente una abogada entrevistada que afirmaba con un tono mordaz: “Si hubiera sabido todas las cosas que me iban a hacer falta, en lugar de hacerme amiga de tantos abogados, me habría hecho un grupo con un plomero, un gasista, el dueño de una boutique y el de una peluquería”.

Durante el empobrecimiento no sólo hay una reducción del capital económico, sino que también el capital social anterior entra en una fase de suspenso. Todo capital social es entonces *potencial*, es decir, sugiere la *posibilidad*, pero de ningún modo *la certeza* de obtener beneficios de la red de conocidos. En cada caso se debe realizar una operación de *valorización* para que una relación determinada se transforme en capital social *efectivo*. Tal operación es particularmente compleja y riesgosa en el empobrecimiento. La nueva pobreza pone en evidencia la incertidumbre sobre el valor de los eventuales recursos, cuya utilidad y, por ende, su definición como capital, no se verificará hasta la realización de una operación de valorización determinada.

LA IDENTIDAD SOCIAL EN JAQUE

¿Cómo los individuos afectados por el empobrecimiento definen el lugar que ocupan en la sociedad a partir de tal proceso? Nos referimos a su “autoclasificación social”, es decir, la inscripción en una categoría social determinada, como —por ejemplo— miembro de la “clase media” o como “pobre”. La autoclasificación es una ubicación imaginaria en la estructura social y un posicionamiento respecto a otros grupos sociales con quienes se comparte el mundo social: por ejemplo, la categoría clase media supone e implica la coexistencia con una clase baja y una alta. Por ende, una mutación de la autoclasificación puede entrañar un cambio en la visión de toda la estructura social.

Ahora bien, el interrogante que nos planteamos es si la pauperización afecta esquemas autotipificatorios previos. *A priori*, se podría suponer que no hay una coacción al cambio de las mismas. A diferencia de lo que ocurre en el desempleo, no hay un “rito de destitución”, tal como el despido, que sea simultáneamente la supresión de una categorización existente y la base para una nueva (por ejemplo, de gerente general a profesional desocupado). Sin embargo, el trabajo empírico muestra que la pauperización pone en cuestión una autotipificación fundamental: la pertenencia a la clase media. La clase media estaba íntimamente ligada a la siempre problemática definición de la identidad argentina. Las encuestas de los años ochenta mostraban que más del 70 por ciento de la población se incluía en un grupo en cuya gran magnitud residía la principal diferencia entre la Argentina y el resto de América Latina. La clase media sería el punto de llegada del proyecto de progreso de nuestros antepasados inmigrantes. Proyecto que, en el marco de la inestabilidad social, política y económica recurrente, habría sido el único núcleo ideológico estable y compartido por toda la sociedad.

Durante la hiperinflación, el “fin de la clase media” era el fantasma de la aniquilación de un estrato y del proyecto de país que ella encarnaba (Sigal y Kessler 1997). Su desaparición transformaría la estructura social, que pasaría de una situación de equilibrio ternario al enfrentamiento dicotómico entre la clase alta y la baja. La Argentina se asemejaría al Brasil, que, en el imaginario argentino, es el ejemplo de la sociedad dual asolada por la miseria y la violencia. La hiperinflación fue un fenómeno arrasador que ocupó la totalidad del espacio público de su época. Al no dejar indemne casi ningún grupo social, contribuyó a que el interrogante sobre la clase media se enunciara en forma colectiva, como el fin de toda la clase. La pauperización en tanto proceso de larga duración, menos visible como problema social, lleva a que la pregunta se formule más en términos individuales: sobre la propia permanencia o expulsión de la clase media. Es un interrogante central para los nuevos pobres, que en las entrevistas elaboraban distintos intentos de respuestas. Tal preocupación se debe a que el empobrecimiento pone en cuestión una creencia que formaba parte de los tramos sedimentados de la vida social: “ser de clase media” estaba fuera de discusión. La de-sedimentación no se plantea como una pregunta única, un *to be or not to be* clase media, sino que se produce el cuestionamiento de toda la red semántica ligada a tal concepto. En efecto, la pregunta sobre la pertenencia conduce a otras, como la definición de los criterios de inclusión; conduce

también a pesar la posición pasada, los diplomas o el nivel cultural. Los afectados se interrogan también por el alcance del cambio: ¿ha sido individual, de todo un grupo social o de la sociedad en su conjunto? Por último, si concluyen que han sido excluidos de la clase media, ¿cuál será la nueva categoría de identificación?

En el origen de tal cuestionamiento está la supresión de determinados consumos. La autoinclusión en la clase media se basaba en el acceso —real o potencial— a bienes y servicios que iban más allá de la mera supervivencia, tales como determinadas vestimentas, salidas, vacaciones, electrodomésticos, automóvil, etc. Y si el nivel educativo era importante, el consumo era en última instancia más definitorio. Por un lado, se pertenecía a la clase media aun sin la posesión de algún diploma; y, por el otro, ante la crisis del estilo de vida, ni siquiera una importante calificación educativa evitaba el cuestionamiento identitario. La clase media se define en la cotidianidad de los hábitos de consumo: ésa es la base de su gran popularidad en tiempos normales y de su extrema fragilidad durante el empobrecimiento. En efecto, si está tan difundida como categoría autotipificadora, es porque la autoinclusión no precisa de ningún rito instituyente. En períodos de crisis como el que estudiamos, por el contrario, su permisividad será su talón de Aquiles, ya que no habrá ninguna práctica institucionalizada pasada o presente que pueda servir como dispositivo de retención.

¿Cuál es, en rigor, el sentido atribuido al consumo en este relato? M. Douglas y B. Isherwood (1990) señalan que el consumo es un proceso ritual cuya función primaria es darle sentido al rudimentario flujo de los acontecimientos. Ayuda a fijar los significados de los hechos, por definición en continuo cambio. Los bienes se utilizan como marcadores de distintos aspectos del proceso social. En nuestro caso, son marcadores de una trayectoria social inasible de otro modo. El consumo habría jalonado tal derrotero: las prácticas y objetos, la frecuentación de lugares, serían como marcadores de la movilidad ascendente. Y si la desposesión de ciertos objetos o la supresión de una práctica son los signos de la caída, no es porque necesariamente hayan sido considerados en el pasado jalones de la trayectoria ascendente. A nuestro entender, la designación es retrospectiva, cuando se produce su pérdida. Son marcadores porque su pérdida permite objetivar la experiencia del cambio de la trayectoria social, difícilmente pensable de otro modo. El empobrecimiento se construye como una diferencia: entre lo que se tenía y hoy no se tiene, entre los lugares que se frecuentaba antes y los de ahora, entre la calidad de un bien del pasado y otro actual. Y es justamente el conjunto de los bienes y de servicios comparados en el tiempo, lo que permite construir tal diferencia.

Antes teníamos un Renault del 91, ahora un Fiat del 87. En vez de ir para delante, vamos para atrás...
Usted, sociólogo, a ver si me explica lo que pasa. Yo, hijo de obreros, siempre fui a una escuela privada.
Mi hija, con dos padres profesionales, tiene que ir a la escuela pública...

Volviendo al cuestionamiento sobre la continuidad en la clase media, encontramos las dos posturas: aquellos que sostenían su permanencia y los que se consideraban expulsados. Los que permanecen hacen hincapié en atributos que compensarían la pérdida del nivel de vida: los diplomas, la posición laboral, el nivel cultural, las costumbres, el pasado, etc. Algunos se referían a una “devaluación masiva de la clase media” que, en conjunto, habría empeorado sus condiciones de vida, aunque incluso así, la pertenencia y la existencia de la clase media se mantienen. Algo similar sucede con los que consideran que la clase media ha cambiado en masa, convirtiéndose en algo diferente; por ejemplo, en una “clase baja alta”. Es, entonces, un cambio colectivo más que una expulsión individual, dado que se mantiene la división ternaria de la estructura social con un tercer segmento entre la clase alta y la clase baja, sólo que su posición ha descendido, acercándose más a la clase baja.

No hay plata y no hay plata. No hay horas extras, no hay nada. Esa plata vos la tenés que invertir bien, ¿no? O sea, no podés comprar un par de zapatos si no sabés que a fin de mes lo podés sobrellevar bien. Antes vos contabas con las horas extras para un montón de cosas. Ahora no las tenés. Ahí está el tema. Eso ha bajado bastante. La clase media no existe. O sea, somos una clase baja alta.

Va a ser como en Brasil o en Chile. Una clase baja y una clase alta. La clase alta va a estar con la gente de turno, los oportunistas, esa gente va a estar bien. Pero la otra gente la va a pasar muy mal. Y no va a tener derecho a quejarse. Ya no hay sindicatos ni nadie que te defienda. Vamos a volver a la época de la esclavitud. Te van a pagar dos pesos y si te gusta, bien; y si no, también. Pero los que están mal, mal, son

los que estuvieron mal siempre. Están en el fondo del mar. Y nosotros en su lugar, tratando de no hundirnos más.

Permanecer en la clase media exige no sólo intentar mantener ciertas prácticas, sino evitar otras cuya realización confirmaría que la expulsión tuvo lugar. Mantenerse en una categoría definida en términos relativos y jerárquicos implica plegarse a ciertos límites de la definición de la misma. Así entendemos la negativa de muchos entrevistados a considerarse sujeto legítimo de políticas asistenciales, como la distribución de alimentos gratuitos. Incluso familias en situación de intensa pobreza, consideraban que "eso no era para ellos", sino para los "verdaderos pobres". Al ser medidas tradicionalmente dirigidas a los pobres, todo receptor lo es por el hecho de recibirla. La medida asistencial tendría un efecto directo de etiquetamiento; al rechazarla, tratan de evitar el estigma. Esto no está claramente explicitado en las entrevistas, sino que se expresa en la continua referencia a algún grupo que está en una situación peor que la propia. Ellos sí serían los legítimos receptores de la asistencia.

La otra posición era considerarse expulsado. En esos casos, el eje de la pertenencia había sido el "estilo de vida". La autoexpulsión era más frecuente entre los que no poseían diplomas o puestos calificados, todo aquello que imaginariamente facilita compensar el deterioro de las condiciones de vida. Sin embargo, desde situaciones objetivamente cercanas, había quienes adoptaban una u otra posición, según si hacían hincapié en las pérdidas o en aquello que perduraba ("soy un profesional a pesar de todo"). La expulsión puede llevar a la búsqueda de una nueva categoría de acogida. No es de extrañar que, en absolutamente ningún caso, se consideraran "pobres"; los pobres eran los estructurales, de los cuales los separaba tanto un pasado como el estilo de vida presente. Más bien, trataban de encontrar alguna categoría que diera cuenta de la heterogeneidad de sus experiencias:

Clase media era la clase que tenía algún tipo de preparación educativa, era aquel que podía ascender a un nivel secundario, que podía esperar algo mejor. Estoy hablando de mi época, ¿no? Yo tengo 40 años. Clase media eran aquellos cuyos hijos tenían algún nivel de estudio superior, porque en aquella época sólo se hacía la primaria generalmente; entonces la gente tenía una ventaja para trabajar y todo eso. Pero ahora eso está bastante discutido. Yo hablaría de clase trabajadora. Yo realmente no sé si soy clase media o clase pobre. Sé que soy clase trabajadora, porque dependemos de un sueldo que nos cuesta bastante trabajo; pero en lo económico, uno podría decir que es clase pobre. La entrada es bastante reducida, mi esposo es el único que trabaja, así es que cada vez se nos hace más cuesta arriba. Ahora, si vamos a ver por el lugar en donde uno vive, por el tipo de ubicación en donde está, si tiene casa de material, tenemos agua corriente, tenemos gas, estudios... Entonces podría ser. Pero ya no me siento encuadrada: estoy en clase media o estoy en clase pobre, según las circunstancias.

El testimonio muestra que la entrevistada, al igual que nosotros, considera a los nuevos pobres como un estrato híbrido en el que coexisten hábitos de consumo, relaciones sociales, bienes, carencias y creencias tradicionalmente adjudicados a grupos sociales distintos. Tal hibridez posibilita la variedad de respuestas al interrogante identitario. En este caso, ante la imposibilidad de decidir entre clase media y "clase pobre", se incluyen en clase trabajadora, que implica un cambio en los parámetros de clasificación: del estilo de vida al origen de los ingresos (trabajo asalariado). Sin embargo, más que respuestas acabadas, las entrevistas muestran una situación de duda, una suerte de puesta en suspenso de la identidad social. En algunos casos, la "deriva identitaria" alcanza grados en que se le pide al entrevistador, como sociólogo, que defina la nueva situación...

No, clase media, ya no. ¡Ojalá! Están los pobres, que fueron de siempre pobres, sin ninguna posibilidad de salir. Quizás, Dios no lo quiera, alguna vez llego a pobre, pero ojalá, no. Los pobres están más allá... No sé, sé que clase media no; pobre, por suerte no... Y usted, que es sociólogo, ¿dónde me pondría?

UNA CLASE MEDIA FRAGMENTADA

La vastedad del empobrecimiento no debe hacernos olvidar que otra parte de la clase media "empató", es decir, no vio variar en demasía su situación; y una franja minoritaria ascendió en los noventa. Nada lo ilustra más claramente que el aumento en la desigualdad de la distribución de los ingresos producido a lo largo de la década. Hacia principios de la misma, el ingreso per cápita medio del 10 por ciento de hogares más ricos era aproximadamente veinte veces el correspondiente al 10 por ciento de hogares más pobres; esa relación pasó a ser de treinta veces hacia el final del decenio (Altimir y Beccaria 1999). Entre los

“ganadores” se encuentran sectores medios ubicados en las áreas más dinámicas de la economía. En un trabajo de reciente aparición, Maristella Svampa (2002) estudia dicho estrato a partir del proceso de suburbanización que protagonizó en la década pasada hacia los más de cuatrocientos nuevos barrios privados y *country clubs* que surgieron en los alrededores de Buenos Aires y otras grandes ciudades del país.

Ese proceso de suburbanización está afectando toda la fisonomía urbana argentina. Se está produciendo un desplazamiento de un modelo de “ciudad abierta”, básicamente europeo, centrado en la noción de espacio público y en valores como la ciudadanía política y la integración social, hacia un régimen de “ciudad cerrada”, según el modelo norteamericano, marcado por la afirmación de una ciudadanía privada, que refuerza la fragmentación social. Como sostiene la autora, durante mucho tiempo, en nuestro país, este modelo de ciudad abierta se asentó, aun con sus deficiencias, sobre una matriz social que suponía el reconocimiento explícito de una sociedad democrática. Así, si es posible caracterizar la integración social como un proceso que articula relaciones horizontales (al interior de un grupo social) con lazos verticales (con otros grupos de la estructura social) en distintos marcos de socialización, la ciudad abierta aportaba no pocos de esos espacios: la escuela pública, la plaza, la esquina de un barrio.

Como resultado del proceso de suburbanización, los sectores medios ganadores empiezan a disminuir sus lazos con sus pares en peor situación y a vivir en áreas antes reservadas a sectores tradicionalmente altos. Sin duda, esto terminará de diluir lo que resta de la homogeneidad cultural de la antigua clase media. En efecto, en las nuevas comunidades cerradas, la clase media exitosa comenzó a codearse con la antigua clase alta. Svampa observa que, pese a las diferencias en términos de capital (sobre todo económico y social) y la antigüedad de clase, las clases altas y una franja exitosa de las clases medias devienen partícipes comunes de una serie de experiencias respecto de los patrones de consumo, de los estilos residenciales; en algunos casos, de los contextos de trabajo; en otras palabras, de los marcos culturales y sociales que dan cuenta de un entramado relacional, que se halla en la base de nuevas formas de sociabilidad. Consumada la fractura al interior de las clases medias y asegurado el “despegue social”, va operándose lo que Svampa llama una “integración por arriba”: los ganadores mismos van descubriendo día tras día, tras las primeras incongruencias de estatus, algo más que una creciente afinidad electiva.

ACTUALIDAD DEL EMPOBRECIMIENTO (Y DEL ENRIQUECIMIENTO)

¿Qué decir de la nueva pobreza en la crisis actual? Ante todo, en rigor hoy la nueva pobreza ya no es nueva, sino que muchos empobrecidos llevan más de una década de pauperización. Esto comporta la emergencia de problemas sociales producto de años de caída, como, por ejemplo, el aumento de enajenación de inmuebles y otras propiedades por deudas acumuladas durante años. En segundo lugar, a comienzos de los noventa la nueva pobreza era un fenómeno de “puertas adentro” que no generaba acciones ni estrategias colectivas. Hoy, como lo muestran González Bombal y Svampa (2000) en su estudio del Club del Trueque —experiencia de intercambios de bienes y servicios que reúne alrededor de un millón de personas en la actualidad—, los sectores medios empobrecidos han cruzado la puerta y se organizan en estrategias colectivas como ésta. En tercer lugar, asistimos a un cambio en la atribución causal y las demandas al Estado. Si antes muchos empobrecidos se autoculpabilizaban por la caída al mismo tiempo que exigían al Estado que los ayudara, hoy esto ha cambiado. El trabajo de González Bombal muestra que los empobrecidos ya no se sienten responsables de su situación; la instalación en la agenda pública nacional del impacto que han tenido tanto la globalización como la reforma neoliberal sobre la clase media, posibilita inscribir la historia personal en un destino colectivamente sufrido; pero, a diferencia del pasado, ya nada esperan del Estado.

En cuarto lugar, muchos derroteros de movilidad descendente vistos a comienzos de los noventa hoy aparecerían como trayectorias inestables. En un trabajo reciente sobre movilidad ocupacional en la Argentina (Espinoza y Kessler 2002), se observa cómo ciertos individuos empobrecidos a comienzos de la década, en fases de crecimiento posteriores vieron mejorar su situación y, muchos, volver luego a caer. Asimismo, se registra en la década un proceso de movilidad estructural ascendente, es decir, el incremento absoluto y relativo de puestos considerados de clase media por el nivel de calificación requerido (Torrado 1993). Pero, al mismo tiempo, disminuyen los beneficios y niveles de bienestar de tales puestos producto de la degradación de los ingresos y de la precarización general del trabajo. Debido a ello, en muchos casos hubo movilidad ascendente inter o intrageneracional en cuanto al tipo de puestos

ocupados, pero sin que se ganara —o incluso perdiendo— bienestar respecto del pasado, produciéndose lo que llamamos *movilidad espuria* (Espinoza y Kessler 2002).

Vale, finalmente, realizar una suerte de autocrítica en la mirada sobre nueva pobreza, como bien sugiere Rosalía Cortés. El centramiento en lo sucedido con las clases medias como fenómeno novedoso en los noventa, opacó una mirada sobre lo que sucedía con la sociedad en su conjunto y, en particular, con la pobreza de vieja data, los pobres estructurales. En concreto, el empobrecimiento de los sectores medios y su desplazamiento de ciertos puestos al aumentar el desempleo, provocó que los pobres de vieja data se vieran desplazados a puestos de baja calificación; otros puestos, producto de la modernización, se fueron recalificando y, por ende, no podían seguir siendo ocupados por pobres con bajo nivel educativo. Este desplazamiento de viejos por nuevos pobres provocó un fenómeno que todavía precisamos investigar, que es el empobrecimiento de los sectores populares o, para decirlo de algún modo, la "desestructuración" de la pobreza estructural.

Si esto aconteció con la nueva pobreza durante los noventa, hoy, mayo de 2002, cuando realizamos las conclusiones del trabajo, el país parece ser cualitativamente diferente al de tan sólo algunos meses atrás. El estallido del modelo lleva a que nuevos contingentes poblacionales ingresen día a día en la pobreza, de un modo mucho más violento y con menos recursos que los que poseían los nuevos pobres que cayeron de modo paulatino en las últimas décadas. Pero la desestructuración afecta a vastas capas, incluso a muchos de los que años atrás aparecían como ganadores y que describimos páginas más arriba.

La Argentina no está viviendo un proceso de fragmentación y descomposición social. Esto ya se produjo. Asistimos a una mutación estructural, algunas de cuyas consecuencias van emergiendo día tras día; otras tardarán años en interpelarnos, y muchas otras quizá no aparecerán a la luz de la opinión pública ni de los investigadores. Un rasgo de estos nuevos tiempos es la multiplicidad de zonas con diferentes grados de autorregulación, con lazos cada vez más débiles con un centro de la vida social. Hay, cada vez más, zonas, barrios, nichos de la economía, sectores sociales, instituciones, tanto en la cúpula, en los sectores medios como en las bases, en las grandes ciudades, en las pequeñas y en las zonas rurales, que van funcionando con su propia regulación —con mayor o menor suerte— de acuerdo a la dotación de capitales y, a veces, al azar. Por eso, puede que en esta Argentina "nueva", muchas de las categorías con las que pensamos nuestra sociedad —y quizá también suceda con la de "nueva pobreza"— ya no nos sean suficientes para pensar lo que ha sucedido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Accardo, A. y P. Corcuff. 1986. *La Sociologie de Bourdieu*. Bordeaux: Le Mascaret.
- Altimir, O. y L. Beccaria. 1999. *Distribución del ingreso en la Argentina*. Santiago: Cepal. Serie Reformas Económicas 40.
- Botana, N. y P. Waldmann. 1988. *El impacto de la inflación*. Buenos Aires: Universidad Di Tella.
- Bourdieu, P. 1979. "Les trois états du capital culturel". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 30:2-3.
- Caillé, A. 1996. "Ni holisme ni individualisme méthodologique. Marcel Mauss et le paradigme du don". *Revue du MAUSS* 8:12-58.
- Castel, R. 1992. "De l'indigence a l'exclusion". En J. Donzelot, dir. *Face a l'exclusion*. Paris: Esprit.
- Castel, R. 1995. *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*. Paris: Fayard.
- Cefai, D. 1994. "Type, typicalité, typification. La perspective phénoménologique". En B. Fradin, L. Queré y J. Widner, eds. *L'enquete sur les catégories. Raison Partiques 5*. Paris: Editions de l'EHESS.
- Douglas, M. y B. Isherwood. 1990. *El mundo de los bienes*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Espinoza, V. y G. Kessler. 2002. *Continuidades y cambios en la movilidad social en la Argentina. Informe para el proyecto de estratificación*. Santiago: Cepal.
- Germani, G. 1972. "La estratificación y su evolución histórica en la Argentina". En G. Germani, et al. *La Argentina conflictiva*. Buenos Aires: Paidós.

- González Bombal, I. y M. Svampa. 2000. ms. "Movilidad social ascendente y descendente en las clases medias argentinas: un estudio comparativo".
- Hirschman, A. 1970. *Exit, voice and loyalty*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Kessler, G. y A. Minujin. 1995. *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires: Temas de Hoy.
- Kessler, G. 1998. "Le processus de paupérisation de la classe moyenne argentine". Tesis de Doctorado, EHESS, Paris.
- Linton, R. 1945. *The Cultural Background of Personality*. New York: Appleton-Century.
- Lomnitz, L. 1975. *¿Cómo sobreviven los marginados?* México: Siglo XXI.
- Ramos, S. 1981. *Las relaciones de parentesco y ayuda mutua en los sectores populares urbanos: un estudio de caso*. Buenos Aires: Cedes.
- Rosanvallon, P. 1995. *La nouvelle question sociale. Repenser l'Etat-Providence*. Paris: Seuil.
- Schutz, A. 1987. *Le chercheur et le quotidien*. Paris: Méridiens Klincksieck.
- Sen, A. 1981. *Poverty and Famines*. Oxford: Clarendon.
- Sigal, S. y G. Kessler. 1997. "Comportements et représentations dans une conjoncture de dislocation des régulations sociales. L'hyperinflation en Argentine". *Culture & Conflits* 24-25:35-72.
- Svampa, M. 2002. *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.
- Torrado, S. 1993. "Notas sobre la estructura social argentina a comienzos de los años 90". En G. Beliz, ed. *Política social: la cuenta pendiente*. Buenos Aires: Sudamericana.